

rresponden, y que si no le es indiferente, espere mi regreso a Costa Rica para despejar la incógnita; digo, si tiene curiosidad y desea despejarla. Dale en mi nombre un abrazo a tu bondadosa mamá, y recibe un apretón de manos de tu inolvidable amigo,

**Carlos.**

Como concluyó de leer, Luis le dió la carta a su madre, que se caló las gafas y se acercó más a su hija. Luis se retiró a su gabinete. Las dos damas solas se pusieron a leer otra vez, muy despacio, la misiva del amigo ausente, comentando los párrafos a sabor. Después, la señora, quitándose los anteojos, dijo:

—¡Tan buen muchacho este Carlos! ¡Me alegra tanto saber que sus negocios le salen bien! Tan agradecido...

—Pues es claro, mamá, lo tratamos divinamente cuando vivió en casa.

—Sí, hija; razón de más, porque la gratitud va siendo rara... Va pareciendo ya, en los tiempos que corren y según los ejemplos que vemos, una bobería impropia de hombres sesudos que han de coronar, quieras que no, cualquier carrera. Y la lealtad para aquellos a quienes tendemos la mano de la amistad y nos corresponden de igual manera, y para aquellos de quienes sólo bondades recibimos, debilidad de carácter o apocamiento.

—Es verdad, de ingratos está lleno el mundo; confirmó Marta suspirando.

—Hija, muchos dicen, y si no lo dicen lo piensan, que ser fiel, y es la fidelidad cadena de acero con que nos liga la gratitud, o mantener la sinceridad en nuestras opiniones y en nuestros actos, es no ser cauto, sino torpe para marchar por este globo nuestro tan erizado, que muchos dejan en él no sólo el traje de tela que cubre sus carnes sino hasta el de pudor que resguarda la honra, que es lo peor, hija mía. Pero Carlos es agradecido y leal.

—Con lo que revela estirpe noble, agregó Marta, porque la gratitud y la lealtad son prendas propias de gente bien nacida.

—Sabes, siguió la señora, que esta carta parece una declaración amorosa.

—¿Para mí? Preguntó Marta enfáticamente, satisfecha su vanidad femenina.

—Ya lo creo.

—No ¡qué va a ser para mí! Carlos sabe que nunca lo he querido; y ahora, como lo acabamos de leer bien enterado está de que mi predilección se aloja muy distante de él.

—Entonces... no acierto con ese fulano que se casaría contigo en cualquier momento... ¡Vaya, claro que es él mismo! Y si no, lee, fijate en este párrafo. Es él, él mismo, no me cabe la menor duda. Y bien que así lo has comprendido tú desde el primer momento.

—Pues, mamá, que ni lo piense. Lo estimo y lo aprecio por esforzado; pero quererlo, ni lo negro de la uña.

—No digas nunca, de esta agua no beberé. ¿Qué sabes tú?

Lo que es a mí me gusta para tí y lo prefiero a tu indiferentón y petulante...

—Mamacita, no hables mal de Alfredo, te lo ruego...

A estas Luis salió de su cuarto en mangas de camisa y llegó al comedor a reunirse con su hermana y con su madre, quienes, en viéndolo, pusieron punto al diálogo, le devolvieron la carta y se levantaron de la mesa.

V

Las reconvenciones de Marta hirieron en lo vivo a Luis y le despertaron la curiosidad; y aunque para ponerles término antes de que pudieran agriarse, se había ordenado silencio por quien siempre era acatada sin replicar, deseó el muchacho revivir la cuestión, engreído al sentirse ardientemente amado por una linda joven a la cual, con ufanía don-